

INSERCIÓN DE LA REALIDAD LATINOAMERICANA EN EL FENÓMENO DE GLOBALIZACIÓN FUTURA. EXPECTATIVAS DE HOMOFONÍA EN LA TENDENCIA HISTÓRICA A LA MUNDIALIZACIÓN*

Karelys Yamileth Abarca Cadevilla
ESTUDIANTE DE ECONOMÍA, UCV

Resumen:

El carácter complejo y múltiple de la globalización no deviene espontáneamente de la dinámica económica de este siglo; es por el contrario, el efecto observable más acabado, de un largo proceso histórico de mundialización (posesión ilimitada del mundo con exclusión de fronteras), proceso que se agudiza con los avances tecnológicos del siglo XX. La colonización fue el primer contacto de América Latina con la mundialización, y el carácter abrupto de ese contacto impuso el modelo capitalista europeo en una realidad diametralmente opuesta, causando profundos sesgos económicos y rezagos que se manifiestan gravemente en la globalización actual. La globalización configura un mundo que se expande en fronteras y se contrae en bloques regionales, bloques regionales que confrontan las ideas de mercado global y Estado nacional, integración y nacionalismo. La integración puede constituir una estrategia aplicable para los países latinoamericanos en el mercado global, mientras garantice la identidad histórica de sus miembros y expanda las fronteras del Estado, derribando todo género de antagonismos económicos, políticos, sociales y culturales. Finalmente, para América Latina es vital no quedar excluida del mercado global; pero las expectativas de igualar en el futuro sus condiciones de desarrollo capitalista a la de los países líderes, sólo pueden discutirse en el plano estrictamente especulativo.

Palabras claves: mundialización, Estado nacional, nacionalismo, bloques regionales, integración, mercado global.

I. OBERTURA

Difícilmente alguna nación en el mundo podrá escapar de un término que pulula entre las líneas de la revolución económica, social, científica, tecnológica e incluso artística de este fin de siglo, la globalización. La única omisión importante de los medios de comunicación respecto al carácter ideológico del fenómeno, considerado por antonomasia producto teórico de este siglo, reside en la

* Artículo presentado como ponencia, con motivo del *II Congreso Europeo de Latinoamericanistas*. Septiembre de 1998. Universidad Martin Luther de Halle-Wittenberg, Alemania.

dimensión del concepto: la globalización es un proceso inherente a la voluntad de los hombres por expandir las fronteras de sus culturas, en búsqueda de un cenit económico, social, inclusive religioso; es efectivamente una regularidad empírica que aparece constantemente en acontecimientos precisos de la historia del ser humano, en lo que llamaríamos un afán de mundialización con epicentro en el interés económico, un anhelo de posesión ilimitada del mundo que en el fondo nos es inmanente, quizás lo único que se ha modificado a través de los tiempos es el perfeccionamiento de los medios para hacer posible esa quimera.

A fines de los años sesenta, Marshall McLuhan habló de una aldea global (global village) y a ese término se acuñó la procedencia del fenómeno, pero en realidad debemos buscar los orígenes del sueño de mundialización en los devaneos de la historia. El afán por convertir el mundo conocido en un gran Imperio unificado magnánimo y opulento, no corresponde solamente a este siglo (claro, que los medios de unificación ni siquiera son similares a los actuales, que han alcanzado un nivel tecnológico que permite la homogeneización cultural a escalas fabulosas). Ya antes, Alejandro Magno se dio a la tarea de unir a Grecia con Egipto y todo el Oriente hasta la India, en el extenso y fructuoso período del Helenismo. "El Helenismo se caracterizó por el hecho de que se borraron las fronteras entre los distintos países y culturas"(Gaarder, 1996, 156).

El Imperio Romano en su fulgor, es el paradigma por antonomasia, de uno de los más remotos deseos del mundo conocido globalizado. Luego de las invasiones bárbaras, no cesaremos de encontrar intentos de mundialización concebidos como violentos ejemplos de conquista armada, como lo fueron los sueños de Napoleón Bonaparte por conquistar Europa, o el afán de posesión ilimitada de Alemania en la Segunda Guerra Mundial. Pero si viajamos en el tiempo hasta el momento preciso del descubrimiento de América, observaremos cómo se esboza el boceto más fidedigno de lo que en la actualidad llamaremos globalización. Este último hecho histórico es relevante para comprender la naturaleza del fenómeno en Latinoamérica: dos mundos que se encuentran, dos hemisferios culturales diametralmente opuestos. Se genera un proceso de división del trabajo a escala mundial: la mayor parte de las colonias americanas proveerán de materias primas y contribuirán en la monetarización del continente europeo, los Estados nacionales consolidados económica y políticamente, producirán bienes terminados y se convertirán a partir de allí en los garantes de la tecnología. El continente descubierto favorecerá y acelerará el desarrollo del capitalismo en países del viejo continente: una identidad cultural que se rezaga ante otra en casi todos los aspectos a partir del importante acontecimiento de la colonización. Observamos con estupor, que en todos estos ejemplos de mundialización que nos señala la historia, algunos pueblos, los de mayor debilidad en el pensamiento económico, son dirigidos por parte de los de mayor avance y parece regular que eso suceda. Lamentablemente, la utopía de un mundo unificado y sin

fronteras, no ha dejado de ser eso, una poética quimera de los hombres. En la actualidad, la globalización consiste en la eliminación de rigideces económicas, políticas y de otros aspectos culturales, en bloques regionales con diferentes niveles de desarrollo.

Por la evolución económica de América Latina ¿cuál será su papel específico en el proceso de globalización futura, si no produce un cambio ideológico en su enfoque de identidad nacional y canaliza sus intereses hacia la inserción en un mundo globalizado, con una participación unísona al de los países tradicionalmente predominantes?

II. HOMOFONÍA

América Latina y la economía de mercado

El descubrimiento y colonización de lo que hoy es América Latina, efectivamente incidió de forma determinante en la fase originaria de acumulación capitalista en los Estados nacionales europeos. Pero más allá de esa sencilla aseveración, el hecho histórico es polifacético: las prácticas sociales generadas en nuestro territorio constituyeron un cuerpo híbrido de rasgos serviles, esclavistas y mercantiles, lo que terminó configurando una sociedad con profundos sesgos económicos y sociales, que tergiversaron las tendencias del pensamiento económico liberal surgido en Europa, y representaron un enorme óbice al desarrollo del auténtico individuo de las prácticas capitalistas. Mientras los habitantes se hallaban sistemáticamente dominados por un orden social despótico, el comercio adquiría un carácter laxo: toda la sociedad se organizaba en función del comercio exterior, pero un comercio donde las colonias americanas eran el apéndice de la metrópolis europea, y se fijó como estigma hereditario la tendencia a exportar materias primas para importar productos manufacturados. Además, el comercio de las colonias americanas se regía por la regulación de grandes monopolios mercantiles, que afectó los intereses económicos de los criollos con mayor poderío económico. Los criollos se organizaron para adoptar como retórica los postulados de la doctrina del Liberalismo económico imperante en Inglaterra y acogida exitosamente en la Constitución de Estados Unidos, además de los ideales de igualdad formal que emergieron en la Revolución Francesa. Es así como se da inicio a una dilatada senda de guerras, para independizarnos (nominalmente) de los países conquistadores.

Ante la emersión de los nuevos Estados nacionales en la América abolida de dominación política, los ideólogos se encontrarán frente a la abrupta e inexorable realidad que develó la Independencia de las colonias americanas. Se trata

pues de una deformación social: la idiosincrasia de los habitantes, que en un peligroso grado se conformaba de una masa informe de seres ignaros, envilecidos por la ignominia del poder y las prácticas sociales que se originaron en las colonias, que no llenarán las expectativas del individuo soberano (protagonista por antonomasia del mundo capitalista), y tampoco serán capaces de comprender las sutiles influencias de su identidad sociocultural en la vida económica de los nuevos Estados nacionales.

La quimérica unificación americana en un bloque regional económico, político y sociocultural, concebida por Francisco de Miranda, y que se llamaría Colombia, no pudo hallar condiciones más discrepantes: era exacerbado e impropio para los Estados nacionales que, apenas se esbozaban después de los desastres de las guerras de Independencia, pensar en extender sus fronteras políticas y económicas (tan difícilmente conquistadas), para crear una unidad que sólo parecía contraproducente a las efímeras visiones de muchos noveles dirigentes de la época. Fue por eso que, el intento de Simón Bolívar por convertir la utopía de la Gran Colombia en sólida realidad, sufrió un colapso. La Gran Colombia se doblega ante la metamorfosis ideológica impuesta por un poder inusitado que irá adquiriendo el Estado nacional en nuestras latitudes, antagónico al Liberalismo económico en las prácticas sociales, y que sin embargo se ampara en sus postulados; y nuestro primer ensayo de mundialización donde se pretendía convertir a América Latina en un bloque regional polifacéticamente poderoso, concebido en los ámbitos de un mundo globalizado en todos los aspectos, no fue más que un adefesio.

El agujero negro en donde se han desvanecido nuestros desatinados intentos por insertarnos efectivamente en la dinámica de la economía de mercado, se debe en parte a que nuestra participación ha sido pasiva en el ámbito económico, siempre como exportadores de materias primas sin protagonizar un desarrollo industrial coherente. Pero el problema sobre el que subyacen los errores de América Latina en su participación en la economía de mercado (convertida en el paradigma más representativo del fenómeno de globalización actual), no es tan axiomático: se impuso después de la Independencia política de las colonias americanas, la ideología del Estado liberal en una realidad carente de las condiciones apropiadas para aprehenderla, tal es la paradoja del Estado con carácter despótico y vicios heredados del antiguo orden, que se ocultó someramente bajo el estandarte liberal, hasta que se proclamó democrático. Esto determinó la ausencia del arquetipo del individuo de las prácticas capitalistas, el individuo con capacidades empresariales liberado del vicio rentista, o la fuerza de trabajo calificada que multiplicase la eficiencia económica de una industria inexistente. Cuando los Estados latinoamericanos inician su preocupación por modernizar las sociedades, corrigiendo los desatinos socioculturales configurados desde la colonia, provocan un aumento exacerbado de las importaciones al incentivar

patrones de consumo inspirados en la dinámica de los países desarrollados, sin generar la infraestructura industrial sobre la que se erigiera el mercado interno, consolidándose aún más la tendencia a la exportación de materias primas. Se sofoca con ese intento de modernizar por decreto las sociedades latinoamericanas, un proceso de industrialización a largo plazo, pues es prematura y abrupta nuestra inserción en el mercado mundial.

La crisis de los años treinta y la Segunda Guerra Mundial, presionarán a los Estados nacionales latinoamericanos a iniciar un proceso de industrialización, canalizado por el populismo y clientelismo político, que convertirán la industrialización en un fenómeno laxo, donde la figura del Estado se convierte en el Dios intervencionista que dirige y decide la economía de un país determinado, y crea sujeciones con respecto a los habitantes: el Estado se erige de forma aplastante sobre la acción reguladora del mercado, anulando la libre competencia. La dependencia tecnológica no racionalizada transformó en paradoja la política de sustitución de importaciones que se promulgaba como estrategia de un plan de desarrollo industrial latinoamericano, y esa misma dependencia tecnológica se traduce en nuestro proceso productivo, en ineficiencia económica que tergiversará el vehemente intento de Industrialización. Sin contar con los obstáculos impuestos con carácter de seguridad por parte del mundo capitalista a nuestra producción, asistimos de nuevo a un intento fallido en el afán por participar activamente en una realidad que se develaba global. El resultado fue el arraigo de empresas transnacionales en nuestros territorios, lo suficientemente ajenas a los problemas económicos y socioculturales de América Latina, además del endeudamiento externo que generó invertir en políticas desarrollistas que incentivaron una sociedad de consumo y enorme gasto público improductivo, pero no constituyeron la acción propulsora de la producción industrial.

Aceptando que nuestro papel subrepticio en la economía mundial se debe a una histórica cadena de hechos que parecen fortuitos y determinaron nuestro atraso en el sueño de la globalización (ese afán de mundialización que subyace en múltiples vestigios de la historia humana), sólo debemos pensar en transformar esa realidad, corrigiendo los vicios heredados del pasado, canalizando la concepción de identidad nacional en los términos precisos de la "global village" y concibiendo el largo plazo como la oportunidad más concreta de manifestar nuestros talentos innatos en la creativa adaptación de nuestros procesos productivos a un mundo capitalista cada vez más exigente en los ámbitos económico y científico-tecnológico: "Las naciones pueden y deben escarmentar en cabeza ajena. Aunque una sociedad haya encontrado el rastro natural con arreglo a la cual se mueve, jamás podrá saltar por decreto, las fases naturales de su desarrollo" (Marx, 1959, XV). Si deseamos no quedar al margen de la globalización, supeditados a la voluntad de los bloques regionales de mayor auge económico, es inexpugnablemente necesario, interpretar al unísono la melodía del

auténtico mundo capitalista, sin intentar omitir etapas importantes de nuestro proceso evolutivo.

III. ARPEGIOS

Los rasgos de la globalización actual y la identidad nacional latinoamericana

La caída del muro de Berlín como hito histórico concretó la silueta del mercado global que hoy define a las economías de mercado, pero también un rosario de contradicciones con respecto a la naturaleza del proceso globalizador y su influencia sobre las naciones que se abocan a la utopía del mundo unificado y ecuánime, manifiesto en el mercado global. Por un lado, la omisión de la dimensionalidad histórica del término “globalización” ya aclarado en la Obertura, por otro, las secuelas de la globalización económica y financiera, que han configurado una mundialización en bloques regionales poco análogos entre sí, en términos de desarrollo capitalista (tal es el caso de la Unión Europea o Mercosur).

El triunfo del libre comercio internacional, favorecido por el prolapso de la URSS y la reducción de barreras económicas y tecnológicas es otro rasgo descriptivo de la concepción de mundialización actual. Además, no podemos obviar el sistema de transnacionalización (surgido desde el siglo XIX, como consecuencia del incesante afán de eficiencia económica de los países industrializados, para reducir sus costes laborales y expandir las fronteras de sus Imperios) o desterritorialización del capital, convertido en mitológico enemigo de la autonomía de los Estados nacionales, especialmente en los de América Latina, que aún no han superado sus desavenencias en la división internacional del trabajo.

El poder unificador de la tecnología en la globalización es paradójico y dicotómico: establece la paradoja entre individualización y masificación de la información. Discurre entre su naturaleza incluyente y a la vez excluyente, unifica a los países de análogos niveles de desarrollo económico y científico-tecnológico, permaneciendo a distancia o creando inexpugnables dependencias en aquellos donde la pobreza y el atraso capitalista marcan la pauta.

América Latina debe considerar todos estos caracteres de la globalización actual, para solventar sus desequilibrios y rezagos socioculturales a largo plazo (sectores de la población al margen de la educación, las condiciones de salud y seguridad mínimas), heredados de un proceso histórico signado por una realidad cultural distinta, y que determinó nuestra situación actual de pasividad en el mundo globalizado; además de adoptar una sensata postura ante los vestigios de poder exacerbado y no racionalizado de los Estados nacionales latinoameri-

canos, en declive por las tensiones impuestas externamente, y que son incapaces de visualizar la importancia de redefinir la silueta del nuevo nacionalismo para una integración eficaz en la globalización futura.

Considerando otro hecho histórico que ilustra el afán de mundialización de las naciones más poderosas o los imperios económicos por antonomasia, nos encontramos con las estrategias políticas de expansión imperialista en los albores del siglo XX, que plantearon una "Nueva Colonización" a través de las economías de enclave, la dinámica de las transnacionales que prometían un raudó proceso de civilización para América Latina. El monroísmo pretende convertir a Latinoamérica en una pieza del Imperio, vulnerando la autonomía nacional. Ante similares acontecimientos, nos enfrentamos actualmente a una fuerza globalizadora suprema que nos obliga a reflexionar cómo establecer una alianza entre nacionalismo e integración regional, análoga al pristino sueño humano de la mundialización, pero sin que nuestra participación quede al margen del proceso, o sea de sujeción al sistema capitalista, sin ningún aporte importante.

Dada nuestra situación de crisis económica, política, social y cultural en múltiples aspectos, la dependencia a los patrones de consumo impuestos por los países garantes de la tecnología, amenaza con suprimir cualquier intencionalidad de desarrollo unísono de América Latina al mundo capitalista, hasta lograr una homofonía. Sin embargo, la "Integración Latinoamericana" representa una salida apropiada para insertarnos a la mundialización en un fenómeno que se manifiesta precisamente en bloques regionales. Esa integración debe, desde luego, derribar antagonismos como nacionalismos exacerbados, anacrónicos y sanguinarios nacidos en las fronteras políticas de los Estados nacionales latinoamericanos o barreras económicas que disminuyen la efectividad de esa integración (que hasta ahora no ha cesado su carácter nominal), para poder enfrentar a largo plazo, problemas comunes: elevados índices de pobreza, precarios niveles de educación y salud, deuda externa, que subsanen la carencia de desarrollo capitalista, caracterizado por una somera industrialización adaptada a nuestras necesidades y falta de expansión de investigaciones científicas-tecnológicas que generen nuevos conocimientos para elevar la eficiencia económica.

Recordemos que si bien podemos aligerar nuestra evolución histórica, en términos marxistas no es imposible suprimir por decreto etapas importantes de desarrollo capitalista; debemos entonces enfocar nuestra identidad nacional hacia la formación de un bloque regional que evolucione hacia los paradigmas de la globalización futura. Si compartimos similares realidades históricas y económicas, sólo esto podemos hacer: "la globalización marcaría un campo en el cual el mundo se divide entre incluidos y excluidos de la misma. Los países que

fracasan en incluirse quedan marginados de la aldea global y se hunden en el atraso o la barbarie" (Rapoport, 1994, 28).

IV. ADAGIO

Paradigmas de la globalización

Para muchos defensores de la soberanía del Estado nacional, la globalización atenta directa e inefablemente sobre la autonomía de los gobiernos de los países, que son la manifestación más clara del funcionamiento del Estado. Efectivamente, el sueño de mundialización actual es antagónico a la naturaleza limitante del Estado nacional, pues resulta difícil imaginar bloques regionales unificados en el libre comercio internacional, cuando coexisten rigideces económicas, políticas e incluso étnicas en las ideologías sobre las que se sustentan los Estados. América Latina debe reconsiderar su concepción del nacionalismo para integrar en un bloque regional los países que enfrenten los mismos problemas económicos, sociales y culturales, sin omitir la importancia de insertarse en la economía de mercado y planteando una estrategia de desarrollo industrial acorde con nuestra realidad histórica, que evite incurrir en los mismos errores del pasado; recordemos aquella frase del filósofo Heráclito de Éfeso: "no debemos descender dos veces al mismo río". Pero, ¿cómo desligar dos conceptos que nos parecen tan intrínsecos como Estado nacional e identidad nacional?; seguramente acudir a la terminología de Fernand Braudel, quien habla de Economías Mundo, como un tipo de realidad que resucita aquél sueño del Renacimiento por convertir la dinámica del mercado en el epicentro de la actividad del hombre en todos los aspectos de su vida. Se trata pues, de reducir a su mínima expresión el poder ilimitado y el carácter despótico del Estado, en eterna confrontación con los mecanismos del mercado (defendidos muchos años después por la doctrina del "Laissez faire"), conservando el acervo de nuestro origen, costumbres y metas dentro de la mundialización, con la finalidad de aportar nuevas vertientes al fenómeno e intercambiar criterios distintos de investigadores latinoamericanos, con el resto de los ideólogos del Capitalismo.

La integración regional que caracteriza la globalización actual debe estar diseñada sobre la base de un nacionalismo, como expresión de la unificación de países que compartan la misma realidad histórica, la misma identidad sociocultural, los mismos problemas a resolver, análogos niveles de desarrollo capitalista, de forma que siquiera resulte lógico imaginar que en determinado momento del futuro los bloques regionales del mundo compartirán una misma realidad, conformarán una homofonía, sin jerarquías ni sujeciones. De cualquier forma, la

globalización futura no deja de ser un enigma ante nuestros universos de ideas especulativas.

De los paradigmas de Integración regional más representativos con los que contamos, estudiaremos dos casos: La Unión Europea y el Mercosur.

La Unión Europea se erige sobre las utopías y se convierte en la imagen más acabada del afán humano de mundialización. El carácter holístico que caracteriza este bloque regional preconiza las relaciones de libre mercado y establece eficazmente una homogeneización económica, tecnológica y cultural tan provechosa para sus miembros, que se perfila como la continuación del sueño de Alejandro Magno, cuando ideó el Helenismo, para consolidar un emporio económico como nunca antes se ha visto. Esto será posible en un grado absoluto si la Unión Europea logra disipar las barreras étnicas, enemistades políticas y exacerbados nacionalismos, que impidan una multifacética integración del continente en un bloque regional. En este caso, no se trata pues de la eliminación de los Estados nacionales, se pretende extender y limitar el concepto a la vez: configurar un Estado continental que exhiba un nacionalismo pletórico de doctrinas y costumbres de los pueblos europeos, y limitar el poder del Estado en su participación en el libre comercio (funcionamiento óptimo de los mecanismos de mercado, según la ideología de la globalización actual).

El bloque comercial que constituye ahora Mercosur, podría convertirse en la semilla que germine en nuestro secreto anhelo por participar en un mundo globalizado, ejecutando planes que permitan hacer de la integración regional un proceso donde se corrijan los desequilibrios socioculturales heredados del pasado, y se logre evolucionar hasta el Estado donde se pueda crear tecnología sin tenerla que importar, abocarse a la utopía de Miranda y de Bolívar, definiendo el piso ontológico de identidad nacional para ese bloque regional. Claro está, que el Mercosur como tratado de libre comercio, no ha logrado ocultar sutiles discrepancias económicas entre los países miembros: es Brasil la nación con el más destacado nivel de industrialización, mientras que potenciales miembros como Venezuela, se alejan mucho de esa realidad. Sin embargo, en el fondo la realidad de los países latinoamericanos es la misma: similares problemas macroeconómicos por carencia de desarrollo capitalista que se desarrolla en la dependencia tecnológica, dilemas sociales, de identidad cultural. Ante el peligro de ser absorbidos por nuestros vicios rentistas, o convertirnos en laboratorios poblados donde se prueben las noveles teorías económicas del mundo capitalista, vale redefinir la identidad nacional de nuestros Estados, en una integración regional de realidades análogas.

La integración económica en un bloque regional tiene dos vertientes: integración de países competitivos o integración de complementarios rivales (éstos

últimos en mayor grado monoprodutores) de ahí que el área de mercado que comparten competitivamente, sea significativamente estrecha. Algunos de los países de América Latina han intentado conformar una integración de la segunda vertiente, sin diversificar sus economías, y por esa razón no han obtenido resultados eficientes. Es allí donde las Unificaciones Latinoamericanas deben sustentarse, en diversificar sus aparatos productivos para evitar la monoproducción, de manera que compitiendo países de análogo desarrollo económico, sea posible luego competir eficientemente con el resto del mundo.

En el presente sólo vemos redes telemáticas que unifican criterios de millones y millones de personas. Es el sueño del hombre de todos los tiempos: la mundialización. ¿Pero cómo será esa mundialización futura?

Desde nuestro presente sólo vemos un mundo dividido en bloques regionales. Tal vez se impongan entre ellos barreras proteccionistas al comercio tan exacerbadas, que el planeta sea sacudido por una sujeción de los más fuertes a los más débiles, de los que dependen de la tecnología de los otros o están al margen de ella.

La distribución regresiva del ingreso y el desempleo generado por los avances tecnológicos que eliminan la necesidad de la fuerza de trabajo, en los habitantes de estos bloques, puede generar el declive de estos emporios, como sucedió con los Imperios de la Antigüedad.

¿Pero cómo saber que ocurrirá en la globalización futura desde un presente tan confuso?. El tiempo tal como lo concebimos es una abstracción, una relatividad: "El tiempo está hecho de dos bloques que se miran de hito en hito: el pasado y el futuro. En medio, minúsculo, atrapado, irritable, movedizo, una especie de jalea, o flan, un desvanecimiento perpetuo: el presente. Está clarísimo que no hay presente. El presente es un límite, una asíntota, un mito. Sólo existe en estado de proyecto o en estado de recuerdo. Es una pura ausencia. Apenas dice uno: el presente, cuando el presente, siempre fugitivo, es pasado. El presente no es más que una espuma, no es más que el borde de la ola del pasado sumergiendo el futuro" (D' Ormesson, 1992, 65).

V. BIBLIOGRAFÍA

Achugas, Hugo y Gabriel Aguilera Peral (1995), "América Latina, la visión de los científicos sociales", *Nueva Sociedad*, No. 139, Caracas.

Banko, Catalina (1998), "Los problemas de la identidad nacional y la integración latinoamericana en el contexto de la globalización", Ponencia presentada en el IIES, UCV, Mayo, Caracas.

Bustos, Pablo (comp.) (1995), *Más allá de la estabilidad*, Fundación Friedrich Ebert, Buenos Aires.

D'Ormesson, Jean (1992), *El judío errante*, Editorial Planeta, Madrid.

Gaarder, Jostein (1996), *El mundo de Sofía*, Editorial Siruela, Caracas.

Marx, Karl (1959), *El capital. Crítica de la economía política*, Fondo de Cultura Económica, Tomo I, México.

Deutheüstd, Michael (1996), "Poder y desigualdad en la economía internacional", *Nueva Sociedad*, No. 143, Caracas.

Rapoport, Mario (1997), "Mitos y realidades de la globalización", *Ciclos*, No. 12, Buenos Aires.

—(comp.) (1994), "Globalización, integración e identidad nacional", *Colección de Estudios Internacionales*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.

Urdaneta de Ferrán, Lourdes (1996), "La distribución del ingreso en la era de la globalización", *Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura*, Vol. III, No. 2, Caracas.